



INFLUENCIA DE DON VALERIANO FERNANDEZ  
FERRAZ EN LA CULTURA COSTARRICENSE  
El legado de un gran canario del siglo XIX

CÁRLOS MELENDEZ CHAVARRI

*«La (vida) mía siempre podrá parecer a cualquiera «una lamentable serie de equivocaciones», como cierto período del Reinado de Doña Isabel Segunda».*

*Valeriano Fernández Ferraz*

## INTRODUCCION

Tenemos ante nosotros la tarea ímproba de tratar de resumir en unas pocas páginas, la biografía y la obra de don Valeriano Fernández Ferraz, indudablemente uno de los hombres que más influencia intelectual han ejercido dentro del ámbito costarricense del siglo XIX y albores del XX.

¿A qué razones obedece esta notable influencia sobre los costarricenses? Explicarlo, es el objeto de este trabajo, dado que convergen una serie de circunstancias, que es preciso conocer, antes de intentar siquiera dar respuesta a la interrogante que hemos planteado.

Los costarricenses ciertamente que estamos en deuda con este ilustre hijo de las Islas Canarias, que vino al país en 1869 a dirigir y poner en marcha el primer plantel de enseñanza secundaria del país, el Colegio de San Luis Gonzaga, en la ciudad de Cartago, establecido por el aliento del Presidente Lic. Jesús Jiménez. Cabría agregar que en los designios e intenciones de don Valeriano, el Colegio era más bien su «palanca» para proyectarse, como lo hizo, dentro del ámbito nacional, dado que por su formación profesional y su credo krausista, había metas más relevantes que alcanzar; y él en efecto se propuso conseguirlas, prácticamente a través de recias políticas educativas, de cuyas particularidades habremos de detenernos más adelante a narrar.

Pero hay algo importante que debemos destacar aquí. Se trata de que, para ser justos, deberíamos hablar más bien de los hermanos Fernández Ferraz y su influencia en Costa Rica, por cuanto tras don Valeriano vendrían más tarde sus otros hermanos menores, don Víctor Fernández Ferraz (1843-190?) y don Juan Fernández Ferraz (1849-1904) e incluso deberíamos hablar además de doña Juana Fernández Ferraz de Salazar (m. 1918), mujer



de gran cultura y talento. Con la excepción de Don Víctor, los demás murieron en Costa Rica y realizaron aquí una gran labor en el campo de la educación y la cultura. Cada uno de ellos, merecería por lo tanto especial atención, semejante a la que ahora prestaremos a la figura de Don Valeriano.

#### ESBOZO BIOGRAFICO DE DON VALERIANO

Nació don Valeriano Fernández Ferraz en Santa Cruz de la Palma, el 14 de abril de 1831. Allí hizo sus primeros estudios, para moverse luego a Sevilla (1848-53) a realizar su secundaria, de donde pasó a Madrid, donde se recibió como Licenciado y Doctor en Filosofía en 1857. Fue entonces cuando entró en contacto con don Julián Sanz del Río, fundador del krausismo español, que era una corriente de pensamiento, verdadera toma de conciencia sobre la historia y la realidad de España, cuya finalidad intelectual, de conciencia moral, era el conseguir integrar a España al pensamiento europeo moderno. A este respecto López Morillas escribe:

«No estriba, pues, la novedad del krausismo en abogar por la europeización de España sino en identificar a Europa con la visión racional del mundo, y de conformidad con tal identificación, en tratar de orientar la cultura española en dirección al racionalismo» (López Morillas, Juan, 1956: 12-13).

Desde esta perspectiva, de Madrid saldría don Valeriano hecho un hombre nuevo, a ejercer la docencia (cátedras de latín y griego) en el Instituto de Jerez de la Frontera, a la que renunció para integrarse al claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en 1862. En 1866 fue nombrado catedrático supernumerario, con adscripción a estudios críticos sobre los prosistas y poetas griegos, lengua hebrea y lengua árabe, para pasar, dos años más tarde a la Universidad de Sevilla, a su Facultad de Filosofía y Letras como numerario; ese mismo año ganó por oposición la cátedra de lengua árabe en Madrid, de donde precisamente saldría para atender la oferta que el gobierno de Costa Rica le hizo, para venir a organizar y dirigir el Colegio de San Luis Gonzaga en Cartago. De España se le llamó para que regresara a ocupar sus cátedras, pero al no atender la petición se le excluyó de la nómina universitaria en julio de 1872. Diez años más tarde, trasladóse de Costa Rica a La Habana, donde hizo sus exámenes de oposición a



la lengua hebrea, y al ganarla, continuó hacia Madrid, donde ganó la de lengua árabe de la Universidad de La Habana, y por nueva oposición en 1884 en La Habana, pasó a desempeñar la de Historia de la Filosofía.

Diez años permaneció en total en La Habana el Doctor Fernández Ferraz, antes de retornar a Costa Rica, en donde había casado.

Desempeñó aquí la dirección del Colegio de San Luis Gonzaga, entre 1869 y 1874, donde prácticamente sentó las bases de nuestra enseñanza secundaria. De 1879 a 1882, fungió como director del Instituto Nacional, cargo a través del cual mostró gran entusiasmo y sobre todo, gran capacidad como mentor de una generación importante de jóvenes ansiosos de superar sus limitaciones. En todas estas tareas, los hermanos de don Valeriano, como fueron a saber don Víctor y don Juan, fueron sus más inmediatos colaboradores y como el primero, ejercieron en nuestro ámbito, una función cultural de gran relevancia. En 1896-98, tras larga ausencia, vuelve al Colegio de San Luis Gonzaga en 1906, esta vez por un solo año y como profesor raso de Latín, Moral, Psicología y Lógica e Historia Literaria; trasladándose luego a la Dirección de la Biblioteca Nacional en San José y más tarde a la Dirección General de Bibliotecas, cargo que ocupaba al momento de su muerte, ocurrida en diciembre de 1925.

#### RETRATO FISIÓ

Queremos dejar trazada una mediana semblanza personal de este sabio erudito que hizo de Costa Rica su segunda patria. Era de mediana estatura y a juzgar por una fotografía que tenemos a la vista, de sus últimos años, más parece una figura desprendida de la Biblia, con su barba de patriarca del Viejo Testamento, larga y canosa, cejas muy pobladas, nariz larga y recta, que sirve de soporte a unos menudos anteojos que apenas dejan entrever unos ojos menudos y brillantes. Su frente es ancha y su cabeza echada hacia adelante, delata el peso de los años y sus largas jornadas de estudio, volcado hacia los libros que fueron su pasión. La foto contrasta con el óleo con que le inmortalizó don Tomás Povedano, hoy en el Museo Nacional de Costa Rica en San José, en donde figura con su capa de universitario Doctor en Filosofía y su birrete académico, con rostro más lozano, con su mano izquierda descansando -no otra cosa podía ser- sobre un libro.

Don Mario Sancho lo recuerda así:



«Nosotros conocimos y tratamos al Doctor en sus últimos tiempos, y así no nos cuesta trabajo representarnos al viejecito pulcro, de grandes barbas blancas, nariz recta y notablemente luenga, ojos fulgurantes a través de los años y de los espejuelos bajo cejas espesas, hirsutas, que eran como dos colinitas adonde venía a morir el valle amplísimo de su frente. Vestido de su eterna levita, pegado a un libro, o bien gesticulando con vehemencia que jamás logró apagar la edad, y con aquél ademán tan peculiarmente suyo que consistía en extender la palma de la mano y estirar el meñique y el pulgar, como si fuera a medir algo. Cerramos los ojos y le vemos y hasta nos parece oírle otra vez sus interjecciones favoritas: Pues, ¡Qué caray!, ¡Qué disparate!, ¡No faltaba más!» (Sancho, Mario. 1934:21).

#### CIRCUNSTANCIA HISTORICA DE SU TIEMPO ESPAÑOL

La primera pregunta que debemos plantearnos, es la que gira en torno a las razones que determinaron a un catedrático de la Universidad matritense, a decidirse a partir hacia Costa Rica.

Su acción ocurrió poco después de haberse efectuado, en 1868, la llamada revolución «Gloriosa». Todo ello era propicio para personas como don Valeriano, tan ligadas al círculo de Sanz del Río y demás krausistas españoles, pues compaginaba perfectamente con dicho ideario. Lo que el movimiento revolucionario acababa de desterrar, la dinastía borbónica, era precisamente la responsable de dos siglos casi, de arbitrariedades y sufrimientos en España, debió ser complementado con un anticlericalismo que se comprende, por haber sido la Iglesia el apoyo de tan desacreditada monarquía. La connivencia mostrada durante tan largo tiempo por la Iglesia, condujo a esta reacción anti-ecclesiástica, de la que don Valeriano no estaría desligado, conforme veremos más adelante. En síntesis, pareciera que la coyuntura histórica era propicia más bien, para que liberales de la escuela krausista, encontraran el ambiente propicio a sus intereses. Sólo cabría pensar que precisamente ante el éxito conseguido en la península por estos liberales, si habría la oportunidad de llevar este mismo mensaje a los pueblos hispanoamericanos, que habían estado cobijados por estas mismas circunstancias, y era en consecuencia necesario llevarles el mensaje liberador.

Parece evidente en don Valeriano, el sentimiento de que España tenía este tipo de responsabilidad histórica con la tierra americana, y en verdadero afán creativo innovador consideró preciso ir a librar batallas similares, com-



partiendo con esto un sentimiento de identidad histórica, que en él es muy evidente. Como español, se sentía en la necesidad de ir a cumplir con un compromiso que su patria tenía contraído con quienes eramos sus herederos espirituales; y en verdadero apostolado, aceptó trasladarse a la pequeña Costa Rica, a librar como Quijote, las recias batallas contra los molinos de viento de la historia.

Pareciera evidente que en la decisión de 1869 sobre su traslado a Costa Rica, debieron mediar circunstancias más que relevantes para esta decisión, que habría de ser definitiva en su vida. A este respecto no parece haber sido determinante la llamada revolución «Gloriosa», que provocó el exilio de la Reina Isabel II, y el advenimiento de un régimen moderado, cuyos principios buscaban consagrar la libertad religiosa, de enseñanza, de imprenta, de reunión y asociación. Todo ello era propicio para quienes como don Valeriano, profesaban el credo krausista, que compaginaba plenamente con tales conceptos fundamentales. Habría en consecuencia que pensar en otras razones, y las que encontramos más valederas, son precisamente que, así como España había ganado para el movimiento liberal, el poder, era preciso pasar a América a hacer lo mismo, a llevar el mensaje liberador planteado por el krausismo y en vías de afirmación en España. No tenemos para esta afirmación, suficientes pruebas, pero por las actividades que aquí le veremos desplegar, pareciera que se confirma nuestra sospecha.

Fundamentalmente don Valeriano y sus dos hermanos, desplegaron una activa labor en la enseñanza media en el país, no sólo en el Colegio de San Luis Gonzaga, sino en el Instituto Nacional, que les habrá de servir como nuevo refugio a las actividades propuestas, sobre todo para don Juan Fernández Ferraz, su hermano, que fungió por mucho tiempo como Director de este centro docente adscrito a la Universidad de Santo Tomás en San José.

#### CIRCUNSTANCIA HISTORICA COSTARRICENSE

Aun cuando desde tiempos de la Independencia en 1821, el estado costarricense había adoptado una política decidida en torno al proceso educativo de la sociedad nacional, es innegable que las limitaciones propias de nuestro desarrollo, condicionaron su desarrollo. Altos niveles de analfabetismo caracterizaban nuestra sociedad, mas precisamente el esfuerzo se enderezaba en ese sentido a eliminar la brecha cultural. La Independencia viene acompañada con el desarrollo de nuestra economía cafetalera, de modo que es preci-



so señalar que paralelamente a la adquisición de recursos de capital para nuestra evolución económica, va el fortalecimiento de las políticas educacionales, en figuras como don Juan Mora Fernández, nuestro primer Jefe de Estado, en la del Doctor José María Castro Madriz, fundador de la Universidad de Santo Tomás (1843-1888), gran propulsor de la educación de la mujer, del Lic. Julián Volio, primer impulsador de lo que habría de plasmarse en nuestra constitución de 1869, la que en su artículo sexto señala que nuestra educación es gratuita, obligatoria y costeada por el Estado.

Nuestra enseñanza universitaria fue bastante tradicionalista, orientada conforme a los cánones del siglo XIX, si no del siglo anterior. Su nivel era bajo como consecuencia de la inexistencia de la enseñanza media, de manera que los escolares que completaban su ciclo accedían de inmediato a la Universidad. Precisamente el establecimiento del Colegio de San Luis Gonzaga en Cartago, como empeño del Lic. don Jesús Jiménez Zamora, nativo de dicha ciudad y además gran luchador desde antes por la puesta en vigencia de la institución, vino sin quererlo, a plantear una nueva perspectiva en la educación universitaria.

Así se hizo conciencia de la necesidad de la enseñanza media en Costa Rica, como base para el acceso a la Universidad, y por lo mismo, cuando tras don Valeriano, el Colegio de Cartago se traspasó a los jesuitas, es que surge, alentado por la misma Universidad, el Instituto Nacional, como centro anexo a dicho centro de educación superior.

Cartago, la vieja capital de la provincia de Costa Rica durante la Colonia, daba en cierto modo un nuevo derrotero a la enseñanza nacional. Debe señalarse una peculiaridad de este plantel, y es la de que no perteneció al Estado sino que fue siempre Municipal. O sea que fue la comunidad cartaginesa la que le dio aliento y vida, y aun tras la promulgación de la Ley General de Educación Común en 1886, mantuvo su status original. En estos hechos, lo que hallamos son resabios de ese añejo resentimiento, por la pérdida de la capitalidad, que llevaba a los moradores de Cartago a acentuar sus rasgos peculiares, independientes del resto del país.

La época que arranca a partir de 1860 puede caracterizarse como de franca orientación liberal, pese al fortalecimiento evidente de un militarismo que se generó en la década anterior a raíz de la guerra contra los filibusteros en 1856-57. La situación se mantendría al menos hasta 1885, simultáneamente con el fortalecimiento de las corrientes liberales alentadas por personajes como el Doctor Lorenzo Montúfar (1823-1898), el Doctor José María



Castro Madriz (1818-1892) y otros más, que prescindiremos de mencionar para no hacer muy extensa esta nómina.

Ante la Iglesia recalcitrante del *Syllabus*, se fortaleció en todas partes, y por supuesto en Costa Rica, una acción anticlerical, muchas veces virulenta. Las logias masónicas agruparon estos sectores liberales recalcitrantes, tornándose en el refugio de todas estas fuerzas liberales. Por lo mismo, ciudades como Cartago, terminarían por plegarse, dado su carácter tradicionalista marcado, para respaldar al clero y la Iglesia, situación que, con otros agravamientos, forzarían a don Valeriano a dejar la dirección del plantel.

La época era de pasiones, y por lo mismo no había neutrales. La Iglesia no cejaba en defender sus pasados privilegios, y los liberales luchaban por separar lo hasta ahora mezclado, por disolver la fusión Estado-Iglesia. De este modo una honda brecha surgió entre la intelectualidad costarricense, polarizada en torno a estas dos posiciones. Para la Iglesia, era esta un batalla perdida, más no por ello dejó de librarse en todas las esferas, como es dable detectarlo especialmente en dos obras de Monseñor Víctor Sanabria, *La Primera Vacante de la Diócesis de San José* (1931) y *Bernardo Augusto Thiel* (1914), y precisamente los más grandes luchadores entre la juventud costarricense, habrían de ser los discípulos de don Valeriano en el San Luis Gonzaga, que con su triunfo, verían abiertas las puertas para una prolongada carrera política en la vida nacional. Pero sobre esto tendremos que volver, de modo que no seguiremos adelante.

#### EN TORNO AL PENSAMIENTO DE DON VALERIANO

La tarea de forjador de juventudes en Costa Rica, fue para don Valeriano, su mayor responsabilidad. La puesta en marcha el año de 1869 del Colegio de San Luis Gonzaga, constituyó su mejor ocasión para poner en avance un proyecto muy suyo, que quizás por lo mismo, y pasado algún tiempo, se descubrió que no era el esperado por los conservadores propulsores de la ciudad de Cartago. Yo diría que en el acto mismo de la inauguración del plantel, que tuvo lugar el 6 de enero de 1870, tras haber funcionado tres meses antes como curso preparatorio, el contenido de una de sus frases, quizá la que gozó de mayor aceptación y comprensión entre la concurrencia, difería hondamente de lo que la gente común pensaba que decía. Aclaremos mejor las cosas. Al concluir su intervención, afirmó:



«Y ahora, señores, por lo hecho y por cuanto esperamos con el favor del Cielo, celebremos esta inauguración con el sublime himno religioso con que la Iglesia canta las victorias, los grandes hechos que Dios permite realizar a los hombres» (Sancho, Mario, 1934:43).

La posición de don Valeriano parece ajustarse al dogma de la Iglesia, aun cuando por su formación intelectual, pensaba más formalmente en un cristianismo racional, que le llevaba lógicamente a deslindar las fronteras entre la religión natural y la religión revelada, anticipo seguramente de una evolución, de la que hallaremos huellas, hacia el deísmo, por ejemplo cuando se afilia en Costa Rica a la Logia Masónica. El buen krausista -y no dudamos que ésta era la posición del Dr. Ferraz, como se le suele llamar con más frecuencia en Costa Rica, lo era- fundamentalmente se coloca en una posición racionalista que le lleva a alejarse de la pugna entre la ortodoxia católica y protestante. Y este alejarse de las pugnas confesionales e intolerantes de los sectores religiosos, no compaginaba desde luego con el espíritu tradicionalista de la época, razón por la que se haría sospechoso ante los ortodoxos iglesieros, que eran los más.

Es posible que este aspecto, más bien secundario en él, puesto que su preocupación mayor fue la educación, fuese el que más perjuicios le trajera en su vida costarricense. Por lo mismo, para hallar apoyo y sostén a su creencia, habría de buscar alianza en la oposición más recalcitrante a los de la Iglesia, como fueron los masones. Sin embargo, debemos señalar que la huella de don Valeriano en la masonería costarricense no va a ser prolongada, hecho que nos pone en conocimiento de que tampoco estuvo dispuesto, como sí lo estuvo su hermano don Juan, a entregarse a los recalcitrantes de la otra posición extrema. Desde este ángulo, lo vemos más ecléctico, con lo que se colocaba en forma más directa dentro de un sentimiento mucho más costarricense en cuanto a manera de pensar.

Fundamentalmente don Valeriano era educador, y su designio al venir a Costa Rica fue ciertamente el de tratar de conformar a un pueblo, al través del centro irradiador del primer plantel de segunda enseñanza en el país. En su discurso inaugural de enero de 1870, hallamos delineadas sus principales directrices. Allí se muestra a la comunidad cartaginesa y del país, convencido de la necesidad de educarse, como base para la dignidad del hombre y felicidad de la sociedad. Aboga por un humanitarismo integral y festeja la victoria que significa el establecimiento de un centro educativo como el que se inau-



gura, oportunidad que le sirve para expresar su propio sentir al decir:

«Séame permitido indicaros en breve cómo nosotros, antiguos compatriotas de allende los mares y hoy sinceros amigos vuestros, porque la noble España, libre ya de odiosas tiranías, ve con gusto y hasta con legítimo orgullo prosperar a sus hijos mayores de edad emancipados; permitidme, digo, que os indique cómo venimos a cooperar con vosotros en esta grande obra, cómo entendemos la instrucción» (Sancho, Mario, 1934:40).

Estas anteriores frases, nos permiten aproximarnos grandemente al conocimiento de los móviles que le trajeron a nuestra tierra, en ese sentimiento de identidad y de común responsabilidad de humanitarismo hispánico, que él encarna con su presencia en nuestro suelo.

Don Valeriano establece ya la clara diferenciación entre instrucción o enseñanza y educación, al proseguir en su citado discurso:

«La enseñanza cultiva nuestras facultades, la educación se encarga de dirigir las; el producto de la primera es capital atesorado; la segunda nos pone en aptitud de manejar este capital, de aplicar esta fuerza acumulada; la instrucción, comprendiendo una y otra en su más amplio sentido, es como el trabajo, padre del capital por una parte, y por otra, creador y propagador de todo comercio humano y de la creciente cultura que, como una marea viva, sube y se extiende por la tierra para facilitar la comunicación entre hombres y pueblos que antes, el desierto de la ignorancia separaba» (Op. cit. p. 40-41).

Para don Valeriano, tres eran los campos fundamentales a cubrir, en tal instrucción:

«Con relación al cuerpo; desarrollar facultades, despertar fuerzas, dar actividad y belleza, para conseguir la armonía de las diferentes actividades que constituyen el organismo natural del cuerpo, y el fin propio del mismo que es la salud.

Con relación al espíritu: buscar la sensibilidad, enseñando y educando al corazón (sentimiento), desarrollando el sentido estético del mundo y el conocimiento sensible de las cosas, base de la instrucción intelectual. Es decir, humanizar al hombre para adentrarlo en el estudio de las ideas, que son el alma de las cosas. Con ello serán más libres y la sociedad derivará mayor provecho, pues con memoria e imaginación profundizarán sus conocimientos.

Con respecto a la voluntad, su racional educación y su enseñanza, no sólo comprenderán el cuerpo y el alma, sino lo más importante, la vida (el alma) de las cosas. Aunque más complicada y difícil, a ella deben propender el maestro y los discípulos. Se sientan las bases para un nuevo punto de partida en el camino interminable del perfeccionamiento humano».

Tras estos razonamientos lógicos y fundamentales, contrae públicamente un compromiso con el país, para atacar estas tareas con todo tesón y empeño, del mismo modo como no lo han señalado los grandes hombres, que son a la vez, grandes trabajadores. Discurre en torno a los dos caminos de la vida, el fácil de la pereza, y el escabroso de la aplicación. Su llamado se dirige sobre todo a la juventud, esperanza del mañana, hacia la cual volcaría de allí en adelante don Valeriano sus mejores esfuerzos.

Hay pues, todo un programa en esta disertación inaugural que venimos comentando. Pero ciertamente que no se puede comprender bien este esquema, sin conocer al menos las materias que en dicho plantel educativo se impartieron. Su nómina es la que sigue: Gramática, Latín y Griego, comparación de las tres lenguas clásicas; Traducción y análisis de textos clásicos; Literatura, Teoría e Historia de las Artes; Retórica y Poética; Ética, Psicología y Lógica; Metafísica; Historia de la Filosofía; Cronología e Historia; Historia Natural; Física y Química; Mineralogía; Geografía; Aritmética; Geometría; Álgebra y Trigonometría; Antropología; Italiano; Francés; Inglés y Alemán; Organización Política y Administrativa de la República; Religión, Música, Dibujo y Caligrafía; luego se agregaron Derecho Natural y Geología. Como puede observarse en forma rápida, los programas eran muy ambiciosos, y de un elevado nivel, difícilmente aprovechable por los jóvenes adolescentes, máxime de una sociedad que despertaba, como era la nuestra.

Para un establecimiento de enseñanza media, es evidente que se pretendió bastante. Conformado dentro de cánones esencialmente clasicistas, el rigor y la calidad de dicha enseñanza debió ser impactante para los jóvenes que se iniciaron en los aleros del Colegio de San Luis Gonzaga, primer establecimiento que contó con un edificio especialmente diseñado para dichas funciones en el país. Las fuentes de fricción que este establecimiento generó debieron derivarse de la enseñanza libre que se procuró implantar, con cánones que ciertamente no compaginaban con las normas que una comunidad como Cartago, podía esperar. A juicio de don Valeriano Fernández Ferraz, la enseñanza debía tener como fin propio,





«La defensa y propagación de la verdad y a esto se encamina la educación, considerada en su más amplio sentido y en todas sus relaciones posibles: verdad científica en la cultura intelectual, verdad en las relaciones de hombre a hombre y del hombre con Dios, en la cultura moral y religiosa; verdad de sentimiento y afectos en la educación artística que en cierto modo las comprende a todas, porque el hombre es el artista de la vida, y la belleza que ha de realizar su conducta y costumbres, es como el resplandor de todo lo bueno y verdadero» (Discurso de 1873).

Hay una contrastante diferencia entre estas expresiones de don Valeriano en 1873 y las vertidas en el acto inaugural. Aquí se manifiesta en forma más clara conforme a sus ideas y esto puede obedecer a las experiencias vividas, sobre todo las dificultades que tuvo que encarar, pues casi de seguido se atreve a manifestar que si hay enemigos es porque hay resistencia, y la hay por «miedo a una enseñanza que instintivamente saben que es muy superior a la suya» (la de sus enemigos).

Una enseñanza como la que concebía el doctor Ferraz, tuvo necesariamente que generar una evidente corriente liberal en los jóvenes educandos. Si todo debía ser analizado con criterios de plena libertad, si la vida diaria del plantel, buscaba fundamentalmente descorrer las cortinas de la ignorancia y hacer entrar la luz del conocimiento, mucho disgusto debió haberse generado don Valeriano y quienes con él estaban en el plantel. De allí los embates, que sobre todo procedentes de hombres del clero, debieron haber recibido, que forzaron a tonificar las posiciones independientes, de orientación libre-pensadora. Por todo ello, la Municipalidad de Cartago ya en 1871 se interesó por introducir en el plantel la enseñanza de la religión, nombrándose al efecto a un sacerdote católico. Fue esta la forma como el naciente plantel hubo de someterse a los requerimientos no compartidos en forma plena por la Dirección del Colegio.

Nos parece que don Valeriano buscó siempre eludir el planteamiento de estos problemas de la educación en su plantel, con las gentes de la Iglesia. No ocurrió lo mismo con don Juan su hermano, quien precisamente al establecer el Instituto Nacional, tuvo que luchar frente a frente con las aspiraciones de la jerarquía eclesiástica de San José, que trató de imponer la enseñanza de la Religión. Y en el calor de la defensa de su pensamiento, escribe don Juan:



«No nos creemos, en definitiva, aptos para la dirección espiritual religiosa, ni entendemos que nos toque la misión de ganar almas al cielo, si no es éste el de la ciencia y la verdad científica, que no excluye ciertamente ni reprobaba a otros que a los ignorantes, tengan o no fe religiosa en los destierros de ultratumba. Y puesto que se nos pretenda lanzar fuera del círculo de la religión, nuestra conciencia es irresistiblemente atraída por la fuerza centrípeta moral, hacia ese foco eterno de las determinaciones trascendentales, y a Dios vemos y con Dios comulgamos, sin temor ni vanidad, sin ostentación ni farsa, y en su inmenso seno nos confundimos y «somos y vivimos y nos movemos», según la maravillosa expresión del apóstol cristiano» (Fernández Ferraz, Juan 1884: 328).

Pareciera evidente un proceso evolutivo de los hermanos Ferraz en Costa Rica, como resultado de la coyuntura que les tocó vivir. Los tiempos se tornaron difíciles para los liberales, al tener que encarar a una Iglesia en creciente posición defensiva, ante la pérdida evidente de influencia en los círculos intelectuales y políticos del país. Al no haber términos medios, tuvieron que colocarse en la barricada que mejor les servía, y por lo mismo, les veremos involucrados en estos enfrentamientos.

El paso del Colegio de San Luis a manos de los jesuitas, el año de 1874, significa ni más ni menos que una batalla perdida para los hermanos Ferraz. Ciertamente que no del todo, por cuanto sus discípulos se encargarían precisamente de llevar viva la idea hasta alcanzar grandes logros más adelante.

Tras la vuelta de don Valeriano luego de sus cinco años en Cuba, el Lic. don Mauro Fernández preparaba su proyecto de desarrollo de la Educación Pública, estableciendo la Ley General de Educación Común, inspirada en la legislación de Domingo Faustino Sarmiento en la Argentina. Don Mauro fue positivista y spenceriano. Esta reforma, tan fundamental en nuestra historia educativa, estaba cargada de cierta influencia del pragmatismo norteamericano, que don Valeriano nunca compartió. Para él la enseñanza clásica y humanística, no debía ser sacrificada en aras de una superficialidad que activara el sentido operacional de la enseñanza. Y como don Valeriano no era hombre que se arrojaba ante las dificultades que podían surgir de su pensamiento, luchó siempre por delante y de primero, contra éste para él retroceso en la enseñanza nacional.

Una de las polémicas, recogidas por él poco después en forma de libro, gira precisamente en torno al proceso del modernismo pedagógico. Habien-



do Costa Rica enviado a finales del siglo XIX algunos de sus jóvenes educadores a estudiar a Chile, combatió las ideas por ellos traídas, como inconvenientes. Para don Valeriano, introductor de la Educación Moderna en Costa Rica, el Modernismo Pedagógico no era sino una forma degenerada del primero. Los *chilenos*, como se les solió llamar, eran para el Dr. Ferraz, del peor jaez, para agregarnos:

«Vienen ardiendo en odio inconcebible hacia España y todo lo español, y lo que es peor todavía, resollando el más olímpico y majadero desdén por ésta su propia tierra, y sus costumbres, su fe religiosa y sus instituciones, su mismo esfuerzo bélico y el buen soldado heroico que lo simboliza» (Fernández Ferraz, Valeriano. 1905:10).

Entre las causas de la decadencia educativa en el país, don Valeriano ve en 1905 con dolor, el cierre de la Universidad de 1888. Para él esto es un proceso lógico que parte de la enseñanza primaria, de los estudios que darán las escuelas profesionales y cuya culminación se daría en la Universidad.

«A ella y sólo a ella corresponde la sagrada misión de educar a la juventud, para que haya republicanos y sea posible aquí una república de verdad.

Lo demás sería, pura y simplemente, seguir entregados, y entregando tamaños intereses, en manos atrevidas de pedagogos de afición, sin dotes científicas ni cultura moral, que autoricen de ningún modo la suficiencia que se arrojan, ni en manera alguna disculpen sus necias pretensiones». (Fernández Ferraz, Valeriano. 1905:14).

«La educación práctica y utilitaria, y su enseñanza positiva, (que) resultan esclavas de instintos y pasiones; mientras que la educación liberal, tan clásica como científica, en uso corriente del pueblo más utilitario (los Estados Unidos) y más práctico de este mundo, resulta por excelencia apropiada para formar hombres libres, sabios y laboriosos» (Ibídem).

Don Valeriano no concibe que el país tenga clausurada la Universidad, y aboga con ardor por su pronto restablecimiento. Pero él la concibe como una institución moderna, y con todo ardor hace un llamado a la ciudadanía consciente del país:



«Piensen, por vida suya, y pórtense los hombres como tales en plena edad viril; no como niños caprichosos, ni como testarudos viejos petrificados» (Op. cit. p. 7).

Su objetivo es repudiar ese modernismo detestable, pues la Universidad obligaría a restaurar los estudios serios de que él habla. Halla una actitud de hostilidad a esta idea entre los profesores de la única unidad universitaria que funciona, la Escuela de Derecho, y por lo mismo, arremete contra ella, y en donde erróneamente se enseña, de buenas a primeras, la Filosofía del Derecho, sin que el educando hubiese antes recibido, ni Filosofía ni Derecho, y en ello tiene toda la razón. He aquí su Universidad ideal:

«Porque si ha de haber Universidad, habrá de ser una escuela moderna en su clase, un instituto eminentemente científico, para cultivar la ciencia pura y sus aplicaciones prácticas, lo abstracto en sus más altas idealidades, y lo más concreto y aplicado a la vida real en una sociedad moderna que aspira al progreso humano en todas sus manifestaciones» (Op. cit. p. 19-20).

Y ante la enseñanza de las lenguas modernas como sustitución de las muertas antiguas, repudia la práctica por risible, y combate la idea de aquellos profesionales que,

«Pretenden enseñar castellano y hasta escribir lingüística y filología comparada, en ayunas de griego y de latín por más que mascullen alemán moderno» (Op. cit. p. 22).

Aboga además don Valeriano por una enseñanza popular, sobre todo a nivel rural, en donde la escuela reformada poco o casi nada ha podido hacer, tanto por sus errores, como por las limitaciones impuestas por las autoridades, mientras se invierten grandes sumas en un Liceo «que llaman de Segunda Enseñanza» al cual sólo pueden acceder los pudientes dados los costos globales.

No vamos a alargar demasiado el contenido de esta polémica, que nos recuerda el Quijote arremetiendo a los molinos de viento pensando que eran gigantes. Es el abanderado del modernismo sano, eficiente, de orientación democrática fundamentalmente. Y es oportuno señalar que, en el curso de la



polémica, arremetió don Valeriano contra la Escuela de Derecho, único establecimiento de nivel universitario que subsistía en el país para arremeter contra los llamados modernistas, que ponen en la mesa el postre antes de la sopa e imparten Filosofía del Derecho de primera entrada, y en el que se pretende enseñar el Derecho Romano sin saber latín el estudiante. Y en este último punto, estuvo al punto de entrar en una larga polémica con el Doctor Antonio Zambrana, uno de los intelectuales cubanos que más hondamente impactó en la sociedad costarricense de su tiempo, comparable únicamente con el Doctor Ferraz. Pero en esto el contendiente no podía cruzar armas en un terreno que su contrario conocía demasiado bien. De modo que, como lo expresó don Valeriano:

«Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada».

Termina nuestro personaje considerando el hecho, como una expresión más del llamado «modernismo pedagógico», que tanto combatía. Pero a la vez, su posición ha quedado incólume, pues su contendiente le dejó el campo libre, al no presentarle obstáculos ideológicos en la lid. Y esto es para don Valeriano, una prueba más de lo poco que vale en Costa Rica, el modernismo pedagógico, que para él es fundamentalmente: ignorancia, atrevimiento, amoralidad (Fernández Ferraz, Valeriano. 1905:60).

Sabemos que don Valeriano volvió a acercarse a la Iglesia, para terminar sus días como buen cristiano. En esta polémica de 1905 le encontramos muy dentro de esta esfera cristiana. Y por los detalles que hemos podido aportar aquí, pareciera que esta conversión venía de mucho más atrás, pues como vimos antes, su militancia en la masonería fue efímera, y habría que relacionarla a su circunstancia matrimonial, sobre todo si pensamos en la mentalidad social de la época, particularmente en Cartago, donde por mucho tiempo residió.

#### VALORACION DE SU OBRA

Por sus frutos los conoceréis, dice el refrán bíblico. Para valorar la obra cultural de don Valeriano, es preciso analizar la huella de sus discípulos, que abrieron escuela ciertamente. Ya en 1934 don Mario Sancho, se lamentaba de la parquedad con la que los que estuvieron más directamente ligados a él,



habían tratado este tema. Se duele con justas razones de este olvido, pues él no duda en reconocer lo significativo de la obra del ilustre canario. En 1913 la prensa nacional rindió un homenaje público, y en un acto especial, don Manuel Jesús Jiménez en nombre de la primera generación del San Luis Gonzaga, expresó entre otras cosas:

«En los anales del magisterio costarricense ha de figurar el Doctor Ferraz como innovador fecundo, perseverante y bueno, y... en la historia del país ha de significar su llegada, el comienzo de una nueva etapa de impulsos sucesivos, ascendentes y bien intencionados hacia el mejoramiento de la Instrucción Pública, timbre de honor desde aquel entonces para nuestra pequeña Costa Rica; y lo afirmo porque él como Director y como Profesor, tuvo la eximia cualidad de mantener entre sus divagaciones eruditas, la tendencia persistente de ir siempre hacia la investigación de la verdad, y de infundir a sus alumnos, mediante gimnasia intelectual a que los sometió, el firme empeño de estudiar y el noble anhelo de saber más y más.

Loable misión la suya, señores, que así le hizo cruzar el ancho mar dejando, allá, abandonados y perdidos, junto con sus recuerdos juveniles, el patrio suelo, su gente propia, su rango universitario, para venir a levantar en tierra nueva, aquella cátedra docente que tuvo por peana su virtud, y por dosel su ciencia. Loable misión la suya, señores, que así le hizo derramar a manos llenas el caudal de su saber, poniendo delante de sus ávidos alumnos, ora las escondidas maravillas de la naturaleza, para que empeñados ellos en comprenderlas, pudieran luego aprovecharlas, ora la naturaleza humana y sus evoluciones a lo largo de la historia, para que tomasen ellos enseñanza de cultura moral, social y política; modelando en fin, el hombre armónico de que nos habla sin cesar la pedagogía contemporánea.»

En más de un sentido, estas expresiones de don Manuel Jesús Jiménez, resumen en gran síntesis el significado de la labor de don Valeriano en Costa Rica, pero se quedan cortas en alcances, porque hay momentos en que, como en este caso, resultan insuficientes las palabras, para expresar los juicios de valor sobre las personas singulares.

La profundidad de miras del concepto del Dr. Ferraz sobre la enseñanza, abrió ciertamente un nuevo horizonte en el país. Es innegable que una obra como la emprendida en 1886 por don Mauro Fernández, que no en todos sus aspectos fue bien vista por el Doctor Ferraz, no habría sido posible de emprender, sin este aporte previo de don Valeriano al través de su Cole-



gio de Cartago.

Sobresale la altitud de miras, la profundidad de la formación humana del educando costarricense en amparo del mentor, sirvió de fundamento para la formación de una generación de adustos varones desprendidos al parecer, de los perfiles trazados por Plutarco. Una generación de intelectuales progresistas, comprometidos con el liberalismo costarricense, e imbuidos por ese eclecticismo suspirado por el Doctor, llevaría al país por las sendas del progreso cultural y político, tomando de camino también, otras maneras de pensar, por caso el positivismo comtiano y el spencerismo evolucionista y mecanicista vertido por don Mauro. Un claro ejemplo lo podemos hallar en Don Ricardo Jiménez, figura patricia del liberalismo costarricense, tres veces Presidente de Costa Rica, e hijo del prócer don Jesús Jiménez, quien fundó el Colegio de Cartago. Precisamente su escrito «*Colegio de Cartago*» (escrito en 1886, publicado en folleto en 1921), refleja a las claras el espíritu de maestro, le lleva a declarar:

«En el Colegio de Cartago hice mis primeros serios estudios; desde allí vi destacarse ante mi vista, por primera vez, los horizontes infinitos de la ciencia; y allí también, por primera vez, gocé las inefables fruiciones que el arte vierte en nuestra alma. Le soy deudor, pues, de la iniciación en aquellas únicas cosas que dan precio a la vida, y no es de extrañar, entonces, que mire con interés profundo, con piedad filial todas las vicisitudes del Colegio de Cartago, mi *Alma Mater*».

Pero estas expresiones introductorias, son más bien para expresar su credo liberal, en particular en el momento en que su autor escribe, dado que el Colegio de Cartago había pasado a manos de los jesuitas y seguidores de los mismos. Esto le lleva a exclamar:

«Por qué es objeccionable y nociva la educación de los jesuitas? Unicamente porque para ellos la ciencia y el arte dejan de ser fines en sí mismos, descienden a ser medios en servicio de la religión. Encima de la silla del profesor, y cualquiera que sea la cátedra, aparece el cuadro que contiene las proposiciones del credo religioso. Su sombra oscurece todas sus lecciones» (Jiménez, Ricardo. 1921:7-8).

Todo esto sirve al autor de propósito para fundamentar su posición in-



dependiente, de corte esencialmente liberal, que le llevará a hondos razonamientos, en los que busca afirmar el principio básico de la libertad, que no siempre la Iglesia ha favorecido. Y en el proceso genético humano, destaca las contradicciones entre la Biblia y la ciencia actual, para mostrarse evolucionista y consecuentemente spenceriano. La obrita que comentamos, impresionó hondamente a sus contemporáneos, fundamentalmente por causa de que nunca antes se había empleado el lenguaje de la razón, la consistencia de un pensamiento que con ser heterodoxo, se caracterizaba por su solidez argumental y dialéctica. Había aparecido el hombre público independiente, liberado de las cadenas de una teología que venía de muy atrás. Era el hombre nuevo, que por serlo, rompía impíamente las cadenas que nos ataban en el pasado, era la obra del Doctor Ferraz, precisamente aquella que llevó un día al sabio canario a exclamar que lo repudiaban sus enemigos, por

«miedo a una enseñanza que instintivamente saben que es muy superior a la suya».

Sus pupilos, sus polluelos, habían ya aprendido a volar.

Larga y tediosa podría ser la simple enumeración de los jóvenes que salieron del Colegio de Cartago. Tres presidentes de clara orientación liberal, fueron sus discípulos: Don Rafael Iglesias, Don Cleto González Víquez y Don Ricardo Jiménez Oreamuno. Profesionales de relieve en el foro, como Don Cleto y Don Ricardo que figuraron entre los redactores de la nueva codificación costarricense de 1884, como Juan Trejos, que más tarde daría un viraje en su vida para ordenarse sacerdote y ser entonces más bien Juan de Dios Trejos. Artistas como Wenceslao de la Guardia, poetas como Juan Diego Braun y Félix Mata Valle, hombres de coraje como Rigoberto Cabezas Figueroa, reincorporador de la Mosquitia para Nicaragua, y muchos más. Semilla más tarde continuada por don Juan Fernández Ferraz en el Instituto Nacional, de donde salieron el Lic. Alberto Brenes Córdoba, jurista afamado, así como el Lic. Octavio Beeche, el filólogo Carlos Gagini, el ingeniero Nicolás Chavarría, el afamado pintor Enrique Echandi, etc.

La obra del maestro, perpetuada al través de sus discípulos. En la historia de Costa Rica, hay un grupo de cualificados hombres públicos, que prácticamente rigieron la suerte del país durante casi medio siglo. Son los llamados hombres del *Olimpo*, toda una generación. Agraviados por algunos, al

tornarse figuras iluminadas en la política del país, de prolongada vigencia, han merecido el elogio de sus seguidores, que hallaron en ellos la senda para la posterior evolución nacional. Esta generación del Olimpo, todavía no analizada con la profundidad que el tema se merece, surge precisamente a la sombra del Colegio de Cartago. Y va a ser la que fijará las pautas no sólo en la política, sino en los demás campos de la cultura. Precisamente en 1885 muchos de estos jóvenes se agrupan en torno al joven gobernante don Bernardo Soto, para promover una dinámica nueva en el Estado Nacional. Pocos gobiernos como el de Soto se han dado, en que los costarricenses parecen encontrarse por vez primera consigo mismos. Una revista, «Costa Rica Ilustrada», recoge las primeras páginas de una literatura verdaderamente nacional, signo de una madurez que no ha nacido el día anterior. Un nuevo mundo nace a los costarricenses y la élite del *Olimpo* echa sus raíces profundas de aquí en adelante. Es la obra del maestro, de esa que treinta años más tarde verán los josefinos desplazarse pausadamente por su ciudad, arrastrando casi su fatigado cuerpo con figura vestida un tanto fuera de época, pero venerable y venerada. Su desaparición física está pronta, no así su memoria, que seguirá viva, por cuanto su mensaje fue también vivo. Tal es, en forma breve, la figura de este ilustre hijo de las Islas Canarias, que fue padre intelectual de muchos grandes costarricenses. ¿Qué más decir...?

#### FUENTES UTILIZADAS.

FERNANDEZ FERRAZ, Juan. 1884, Comentario en revista *La Enseñanza*, N° 6. (julio):328; FERNANDEZ FERRAZ, Valeriano, 1905, *Proceso del Modernismo pedagógico en Costa Rica* Imprenta Alsina. San José, Costa Rica; GONZALEZ F., Luis Felipe, 1921, *Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica*. Imprenta Nacional; JIMENEZ, Ricardo, 1921, *Colegio de Cartago*. Biblioteca Repertorio Americano. San José; LOPEZ MORILLA, Juan, 1956, *El Krausismo español*. Fondo de Cultura Económica. México; SANCHO, Mario, *El Doctor Ferraz. Su influencia en la Educación y en la Cultura del país*. Imprenta la Tribuna. San José; y TERRON, Eloy *Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*. Ediciones Península, Barcelona.

